

El CONSULTOR, un señor vestido de traje negro y corbata, llega a un despacho cualquiera. Le espera alguien que fuma un puro y que aparece en penumbra.

EL CONSULTOR. Soy el consultor. Imagino que puedo sentarme, y sí..., prefiero el café solo y sin azúcar. Dígale a su secretaria que también me traiga un vaso de agua y que le sienta muy bien la minifalda azul. *(Bebe).*

Pero vamos a lo nuestro, que para eso estoy aquí. Voy a explicarle mi producto de una manera fácil de entender. Usted me interrumpirá en creo... *(mira el reloj)* cinco minutos y me dirá que sí, y ni me preguntará cuánto. *(Bebe).*

Un consultor financiero provee a sus clientes fórmulas para invertir su dinero, sigue con fervor el índice de Nasdaq y le rinde cuentas sobre su rendimiento económico. Yo no. Yo miro si hay tiroteos en algún instituto de Estados Unidos, si han puesto bombas en algún sitio tranquilo o si ha habido algún camión arrollando algún plácido lugar del planeta. No sé si le haré más rico, pues depende de usted, pero lo que es seguro es que le haré más temido.

Pausa.

Yo busco fórmulas para el miedo.

Pausa.

Yo soy un consultor terrorista.

Gran pausa.

Uno de mis clientes más queridos es el Estado Islámico. Sí, esos bárbaros con las barbas de tres años sin peinar y que sólo saben pegar tiros pegando gritos wuajala-wuajalá en nombre de Dios, cuyo nombre les sirve para un roto y un descosido..., pues sí..., fui yo quien sugirió que introdujéramos un programa de fidelidad con el nombre de Dios...Y sabe... como el Carrefour o el Corte Inglés... a ver, metí lo de las tarjetas de puntos... ¿Qué no sabe de qué va? Le explico: ellos van haciendo las acciones que a nosotros los de arriba nos da la gana y cada una puntúa. No me ponga esa cara..., que sí, puntúan, unas más y otras menos, y se va coleccionando puntos para ir al paraíso, que como nadie lo ha visto, por razones de marketing decidimos que se llenara con setenta y dos vírgenes bailando en pelotas..., las huríes de toda la vida. Pues bien, les buscamos modelos de talla L, que las canijas no las quiere nadie, y les hicimos photoshop y les pusimos alrededor unos eunucos tocando, un par de caballos, un río... y mucha, mucha comida, ya sabe, el Yanna clásico. Yo quise ir más allá y le di un toquecito cristiano, y le puse algunas nubes para tumbarse, que eso llama mucho la atención...y quedó de la leche, ni se lo imagina. Lo de las vírgenes talla L fue una maravilla. Yo no quiero una virgen ni regalada, pero esta gente ya sabemos cómo es, y la verdad es que el tema nos ha funcionado muy bien... Sólo en Europa el resultado ha sido 105 ataques en 12 años, del 2006 al 2018.

(Saca del maletín una de las fotos). Seguro que estas imágenes le suenan de haberlas visto en la tele... ¿No es total? Mire cuánta sangre...

Pausa.

Lo primero es saber a quién quiero aterrorizar, es decir, nuestro objetivo: ¿a la clase media de digamos... una ciudad, una provincia o un país?

¿Cómo ha dicho? ¿Ha dicho sí quiero? ¡Qué bonito! ¡Como en las bodas! Ya sabía yo que usted es listo y no agotaría los cinco minutos.

Pausa.

Le voy a contar un secreto, que no será secreto cuando el tiempo se canse de guardarlo y lo escupa: mi gran éxito, mi gloria profesional no ha sido con la ayuda de ningún ser humano, sino con la eficaz ayuda de un virus... Efectivamente, lo del covid-19 fue mi obra, sí... lo del virus que mantuvo secuestrado en su casa al mundo, eso también fue un encargo. Lo sacamos, pero ni nos imaginamos el éxito hasta poco después. Y ya ve. El mundo se paró. Frenó de golpe y todos nos pegamos un batacazo, bueno... todos no... ¿De quién fue el encargo? Pues otro secreto profesional. Aquí tiene mi tarjeta. (*Le da la tarjeta*). Mis servicios son efectivos pero caros. No sólo hará falta mucho dinero, sino que se requiere sobre todo mucha, mucha sangre.